

PRECIO 4 CENTÉSIMOS

Suscripción trimestral:

\$ 0.50 adelantado

TRABAJO

PERIÓDICO ANARQUISTA
(Adherido a la A. I.)Redacción y Administración:
CUAREIM 1321Teléfono:
URUGUAYA 2429 - Colonia

Agente en la Argentina: Domingo Poggolini—Sulpacha 74 B. A.

Giro a CANCIO COLTORTI

PROGRAMAS

Los partidos políticos están haciendo conocer profusamente sus programas.

Ninguno nos interesa. Ninguno contiene una reforma fundamental, básica, de la sociedad presente.

Que el ejército sea de enganchados, de conscriptos, o de otra forma, para nosotros carece de significación apreciable, dado que siempre será una fuerza al servicio de la autoridad y la propiedad privada.

Como con el ejército, con cualquier otra institución, ya sea el colegio de Batlle, el consejo de ministros de Frugoni o el presidencialismo de los riveristas.

Cuestión de forma, que no afecta al fondo, que no altera ni modifica lo más mínimo. La autoridad, en mano de uno o de varios, es igual.

Por eso nosotros prescindimos del sufragio, desde que con él no es posible obtener el cambio de régimen, ya que ni aún logrando ser mayoría, acataría la autoridad nuestra resolución de que cesase, ni los capitalistas consentirían en la expropiación de sus bienes. Tendríamos que recurrir finalmente a la fuerza, lo que evidencia la inutilidad de nuestra intervención en la política; en los actos electorales.

Pero hay algo más, algo más grave. Los hombres que se acostumbra a delegar en otros sus funciones, a que sean tales o cuales quienes les dirijan, quienes les hagan leyes y les proporcionen

estas o las otras ventajas en su modo de vivir y trabajar, pierden la facultad de pensar y obrar por sí mismos.

Cuando una función no se ejerce, el órgano a quien toca realizarla se atrofia.

Y tanto el que delega en otro, como el que en su condición de delegado se habitúa a la legalidad del parlamento, a discutir leyes, a andar con el derecho y la constitución a vueltas, pierden sus condiciones de revolucionarios. No son elementos capaces para la acción en el momento propicio a ella.

Desde luego, que quien más pierde es el que delega, porque ese concluye por no pensar. Para eso está allí en la Cámara su representante.

Precisamente el caso de Italia, es asaz significativo. Nadie ignora que el socialismo, en sus diversos matices, constituía una fuerza numérica formidable. Pues bien; ha bastado que los fascistas, hombres de acción, hayan aporreado a algunos socialistas conspicuos, desalojándolos de la cámara, de los municipios, de donde los encontraban, para que esa fuerza se haya disuelto como la sal en el agua.

Faltos de envergadura revolucionaria, de hábitos de acción, y falta la masa de sus representantes, de sus directores, nadie ha sabido qué hacer y el triunfo fascista ha sido facilísimo.

FASCISTAS

El fascismo no es propiamente una reacción del nacionalismo, en el sentido patriótico de la palabra, como parece a primera vista.

Es un fenómeno cuya raíz gremial está en la guerra europea.

En efecto; los fascistas son ex-combatientes, son hombres que la guerra desplazó de los campos de cultivo, de las fábricas y talleres, y que en las trincheras se habituaron a la bofetada y a la vida aventurera.

Perdidos los hábitos de trabajo, su resistencia a empujar las herramientas útiles, ha sido aprovechada por la burguesía italiana, que amedrentada, temiendo se produjera un movimiento revolucionario que la despojase de sus bienes y posiciones, ha costado la subsistencia de los ex-combatientes, tendiéndolos prontos para deshacer la organización gremial y ahogar antes que estallara la Revolución Social.

No de otro modo se conciben esas movilizaciones de fascistas, ese ir de un lado para otro, ese permanecer días y días sobre las armas.

¿De qué vivían? ¿Cómo vivían?

Si hubieran sido obreros, gente de trabajo, tales movilizaciones hubiesen sido imposibles, que nadie abandona su hogar y pierde salarios para correr aventuras, y menos aún en contra de su propio interés, de sus conveniencias, en favor de la burguesía que le explota.

El fascismo ha sido el medio hábil para dar un golpe serio al proletariado organizado, un golpe que el gobierno no podía dar directamente, porque al hubiese encomendado a la policía y al ejército que asaltaran municipalidades, bolsas de trabajo, cooperativas, casas del pueblo, imprentas y sindicatos, el concepto general de legalidad, hubiera hecho que contra el gobierno se pronunciase el mundo entero. Y acaso no se hubiese logrado otra cosa que precipitar la revolución que se buscaba evitar.

En cambio esas puebladas, esas milicias de los fascistas, antes bien seducían que irritaban, y en todo caso, a los que resultaban víctimas de ellos, les acordaban, porque cuando se tiene la sensación de que

es el pueblo quien ataca, quien va contra determinado orden de ideas, qué más cual menos todos se desconciertan.

Pero ya el fascismo es gobierno, y forzoso es desaparecer como fuerza irregular organizada.

Mussolini tiene en su mano el ejército y la policía y no puede recurrir a las brigadas fascistas para continuar aterrorizando. Se verá obligado a licenciarlas y acaso a tener que reducirlos por la fuerza. Que las banderas armadas no renuncian fácilmente a las aventuras ni se someten de buen grado a ganarse el sustento con su trabajo.

Y entonces será cuando la revolución se gaste de verdad.

X X.

De Upton Sinclair

Su opinión sobre Bartolomé Vanzetti

El renombrado escritor americano Upton Sinclair, después de una visita a Bartolomé Vanzetti, escribió al Comité de Defensa la carta que va a continuación. Entre las numerosas obras de este joven escritor, sobresalen por su notoriedad el *Jimmy Higgins*, *The Jungle*, *The Metropolis*, *King Coal*, *Book of Life*, *Brass Check*, y sobre todas estas y otras el *Cien por cien Americanismos*.

«He pasado una hora en la cárcel de Charlestown Mass, con Bartolomé Vanzetti. He conocido muchos agitadores radicales de todas las escuelas, de todas las razas y credos, y creo que puedo considerarme como un experto conocedor de este particular espectro de hombres. Ofrezco mi testimonio al Tribunal de la Opinión Pública, de que este humilde obrero es precisamente aquello que él dice ser un idealista, un apóstol del nuevo orden social. Para considerarlo culpable de un robo y homicidio debo considerarme culpable a mí mismo. Vanzetti ha leído mi novela *Jimmy Higgins* y he conocido claramente que se ha comprometido con el alma de aquel mártir de la clase obrera y que ha compartido todos aquellos sueños, ha sufrido todas aquellas privaciones y ha vencido todos aquellos terrores. El es en verdad la encarnación de Jimmy Higgins así como de millones de hombres más que han escupido en sus corazones que la vida no tiene va-

lor sin la libertad, y que la justicia para todos los oprimidos de nuestro sistema social es la divinidad de su misma vida.

Ahora podrá decir algo del peligro que envuelven nuestras leyes y el gobierno, por el hecho de que aquellos que obran en su nombre han con deliberado propósito conspirado para mandar al suplicio un hombre tal. Pero después de haber hablado con Vanzetti, no se puede pensar en sistemas legales. Se puede solamente pensar en el hombre. Este hermano nuestro, cordial, bravo y leal, debe ser salvado, su preciosa vida no debe terminar en manos del verdugo. El me pidió un libro italiano que tratase... —¿de qué cosa crees?—No de la manera de hacer bombas o de la forma de usar la dinamita. De las tácticas de la guerra de clases? ¡Oh no! Del modo de hacer cosas: El quiere escribir un canto para despertar a los trabajadores de Italia.

Yo digo a los trabajadores de América: Arranca este hombre de entre las rejas de la prisión, dale un libro de prosa y de jaleo escribir su canto al porvenir.»

Traducción de

JOSÉ MARINERO.

Lloyd George

La prensa parisiense, celebra la caída de Lloyd George y aprovecha esta circunstancia para pillar todo lo malquerencia que le oculta hasta ayer.

El pillor y temible Lloyd George, ha ejercido una dominación bien pronunciada, sobre los ministerios de los demás países. Ha caramboleado con ellos, y ha engañado a los pueblos. Ha engañado a los pueblos que creían o veían en él al verdadero libertador o al pacificador universal, con una sutileza incomparable. Tanto en la guerra como en la post-guerra, ha surgido siempre airoso y con una nueva promesa, en todos los torbellinos políticos. Fué así, como un idolo, invencible, insustituible por los intereses de su reino y para el grueso de la opinión. Por eso la prensa parisiense, bien predicha en la barra fija del republicano desdichado, le da coque instrumentalmente, groseramente. Porque Lloyd George, ha sido para Francia en diversas ocasiones, un escollo, el formidable contrapeso de sus ambiciones. Y no lo fué animado por un espíritu de justicia, sino para la destrucción de lo que él representaba y defendía. Sus garras eran firmes y sus pupilas de batre de largo alcance.

Es que Lloyd George, en su visión clara de la cosa pública, y conocedor perspicaz de los resortes de las bombas diplomáticas, supo auscultar astutamente el alma de las multitudes, y encarnó tal como es, el sentir de las colectividades ansiosas por las panaceas democráticas. Hizo lo que ha querido. Contribuyó a la destrucción de Europa; desfiló a Palestina y padrió a Irlanda.

Y hoy, el gran «yoni» dice muy fresco y orondo, como el más humilde e impecable hijo del pueblo: «Me presento ante vosotros como uno de los tantos desocupados».

Nos conmueve al pensar, cuál será el destino de este desventurado laborioso, que se ha quedado en la calle después de prodigar tanto esfuerzo por la victoria de la civilización y la libertad humana.

Cualquier cosa podrá ocurrirnos, menos que fuera a la recolección nocturna de botellas vacías de whisky a lo largo del Támesis.

MARTÍN FIERRO.

A los suscriptores

Después de breve y sentida suscripción de nuestro paladín «Trabajo», hoy volvemos a lanzarlo a la calle. Queriendo darle una amplia difusión, hemos resuelto enviarlo a todos los suscriptores que tenemos en la primera época esperando que le hagan una buena acogida.

Sin duda habrán quienes no estén de acuerdo con su nueva orientación y por lo tanto no querrán recibirlo. En este caso desearíamos que quienes no quieran recibirlo tuvieran a bien mandarlo de vuelta para nosotros tomarlo en cuenta; enviándolo a todos que pasado el segundo número mandaremos a cobrar el importe de la suscripción.

LA ADMINISTRACIÓN

NOTA.—Todo compañero que al aparecer nuestro periódico, por descuido nuestro o por falta del correo no lo halla recibido, haga el favor de avisarnos enseguida para omarr la medida del caso.

El diario de la F. O. R. U.

La agrupación «Trabajo», desde el momento en que fué constituida por la voluntad de un núcleo de compañeros anarquistas, partidarios decididos de la organización sindical del proletariado para hacer frente a la organización capitalista, se propuso bregar sin descanso para hacer posible la realización de la iniciativa del Consejo Federal de la F. O. R. U. en el sentido de dotar a ésta de un órgano propio, en la prensa diaria.

Fuér este propósito, que aun no se ha cumplido por completo, una de las principales razones que determinaron a los componentes de la agrupación a editar un semanario, que a la par de difundir entre las masas laboriosas los principios anarquistas, fuera el encargado de realizar una campaña sistemática en pro de la aparición del diario de la F. O. R. U. Cuando todo hacia presumir que éste estaba a punto de aparecer, los integrantes de la agrupación «Trabajo» juzgaron oportuno suspender la salida de su semanario, para concentrar todas sus actividades en torno del diario obrero.

Hoy, al reditar de nuevo «Trabajo», lo hacemos porque es indispensable llenar un vacío sentido en el campo de la propaganda, como es el de no contar en la prensa con un órgano importante que difundiera nuestros ideales anarquistas, degenerados por claudicantes que posponen la grandeza del ideal a las conveniencias de una propaganda efectista que sólo sirve los particulares intereses de unos pocos. Pero al propio tiempo hemos de bregar, porque estas ideas de liberación y de justicia lleguen a tener en la prensa diaria un exponente eficaz, cuya acción se desarrolle en un radio de mayor amplitud.

Por eso dedicamos un espacio en las columnas de nuestro periódico a la publicación en pro del diario de la F. O. R. U. hasta hacer comprender a los compañeros sindicalmente organizados que es el que puede darles en la lucha contra los enemigos.

El fracaso del sindicalismo

Entendemos por sindicalismo la forma de organización de la lucha que perpetúa la división de la humanidad en dos clases.

Siendo las costumbres las causas que determinan el estancamiento de la sociedad, es necesario cambiar éstas para encaminar a una forma social en la cual no se repitan los desastrosos cuadros de ignorancia que impiden al hombre gozar ampliamente de la vida. Los revolucionarios en sus fervientes anhelos de llegar al establecimiento de una sociedad donde la libertad sea la base fundamental de ésta y la razón el termómetro regularizador de los hechos de los individuos, crearon el sindicalismo como medio para llegar a realizar sus aspiraciones, pero su desenvolvimiento ha llegado a comprobar a todos los individuos que no son fanáticos su ineficacia como medio revolucionario; sus luchas por la mejora del salario son una utopía puesto que siendo los burgueses quienes regularizan nuestro desenvolvimiento económico, aumentan los productos, que consumimos al costar más su elaboración por el aumento de jornales; (cuando se consigue) los obreros no tenemos que luchar por la mejora del salario, es necesario relegar esto para luchar por la disminución de horas de trabajo, para evitar que un sin número de obreros mueran de hambre por efectos de la huelga forzosa (provocada por la maquinaria; por este medio provocaremos una escasez de brazos que determinará como consecuencia lógica el aumento del personal sin necesidad de gastar energías inútilmente en una lucha de ésa índole que nos ha elevado siempre a la categoría de víctimas de la miseria y de la opresión, estas iniciativas siempre fracasan dentro de los sindicatos, ahogadas por la famosa «ley de las mayorías», como medio de preparación para encaminar las multitudes a la revolución es un absurdo, puesto que la disciplina férrea que en él existe para sostener su fuerza, mata todo espíritu de rebeldía individual, único factor revolucionario que determinará la transformación social, puesto que la sociedad es el conjunto armónico de los individuos y no puede haber armonía donde se manifiesta la autoridad bajo la forma de una disciplina, por cuya razón el sindicalismo es anti social, y la experiencia nos lo ha demostrado palpablemente.

Claro está que con declaraciones platónicas de simpatía no hemos de lograr nuestro objeto. Se hace necesario, entonces, dar otras pruebas de adhesión y esto han de tenerlo en cuenta no solamente los compañeros de «Trabajo», sino todos los obreros que defienden los principios de la F. O. R. U.

El diario de la F. O. R. U. es una necesidad sentida, decimos todos. Hay que hacer entonces por satisfacerla. ¿Cómo? De la única manera que es posible realizarla en la sociedad capitalista en que vivimos arbitrando los recursos indispensables.

Un modo fácil de lograrlo es el que exponemos a continuación.

Decidamos los trabajadores que integran los distintos grupos anarquistas y todos los que dentro de los sindicatos adheridos a la F. O. R. U. simpatizan con la idea del diario obrero; sámenos a éstos, aquellos proletarios que militan en sindicatos autónomos pero que hacen suyos los principios de la F. O. R. U. y todos como un solo hombre donen en la primera quincena del corriente mes el producto de medio jornal, y seguros estamos de que se habrá logrado reunir una suma superior a la que se necesita para la adquisición de una litografía con lo cual habríamos conseguido no sólo hacer posible la aparición inmediata de nuestro cotidiano, sino que le habríamos asegurado la propia vida.

Sería conveniente que el Consejo de la F. O. R. U. se dirigiera a los trabajadores, recomendando un esfuerzo en ese sentido, provocando reuniones consecutivas en diferentes locales, para que se congregaran en ellos los trabajadores a objeto de hacer en ellos sus contribuciones.

Si no es posible reunir a todos los trabajadores, haremos obra de propaganda en los locales que nos indiquen, hasta hacer comprender a los obreros que es el que puede darles en la lucha contra los enemigos.

El desenvolvimiento de sus actividades políticas provocada por los candidatos que en su seno hacen al calor de una charla subversiva y avulsas como creador de una fuerza positiva revolucionaria ha sido el mayor de los fracasos puesto que es la ignorancia de los confidentes, que ha exterminado un sin número de compañeros bajo la mala mortera de los esbirros del privilegio y la fuerza ha desaparecido al menor soplo de represión; como factor propulsor en el desenvolvimiento de la sociedad futura es el más craso error creer en ello, puesto que los encargados de regularizarlo todo, serían los comités de los respectivos sindicatos, y estos, impropios de la disciplina, serán los ministerios del nuevo gobierno de la buca azul. ¿Dónde, entonces, las bondades revolucionarias del sindicalismo?

ALICIA LUCILA

NOTA.—Seguiremos tratando este punto en el próximo número. Su desenvolvimiento burgués y sus fines políticos.

AL PASAR...

Era de tarde y no llovía. Un extranjero detúvose en la esquina de 18 de Julio y Convención, sorprendido por un signo interrogante.

En su semblante parecía decir, ¿qué misterio encierra este signo?

No habían pasado muchos segundos cuando un celoso «perro grande» se le acercó, ladrándole al oído: «¿qué hace usted acá?»

¡Sorprendido el extranjero, preguntóle quién era, a lo que contestó mostrándole la «chapa». Y continuó diciéndole: aquí no puede estar parado, es la casa del Presidente. En el mismo instante acababa de salir el primer magistrado.

Al verlo, el extranjero, para evitarse tal vez mayores molestias, se alejó sonriendo, exclamando: qué cosas más raras tienen las democracias, perros tan grandes para vigilar cosas que pasan inadvertidas, amigos.

¡Cuidado con los perros del interrogante rojo!

X

Concurrid al Pic Nic del 3 de Diciembre

LETRAS

COLOQUIO DE LAS ESTATUAS

Esta comedieta, arbitraria y absurda, se desarrolla en el taller de un escultor. Aquí y allá, estatuas de personajes célebres, terminadas unas, otras a medio hacer. Hay también ángeles de mármol, estatuas de la Fé, de la Esperanza y de la Caridad, y otras figuras decorativas. Estas precisamente porque comprenden que su papel es decorativo, guardan discreto silencio. El más completo desorden reina en el vasto ámbito del taller.

La estatua de *Epícuro* (despreocupado), a la estatua de *Voltaire*.—Dime, vecino, ¿hace mucho que duermas?

Voltaire.—Veintidós siglos.

Epícuro.—Por Zeus Olímpico! Ha sido la mejor de mis siestas. Y tú, vecino ¿andas desvelado?

Voltaire.—Sí, compañero, a causa de esa endemoniada insinuación que nos han traído de las Indias Occidentales, el café.

Epícuro.—¿Indias Occidentales? ¿Qué es eso?

Voltaire.—Cree que lo sabrás. Es un continente descubierta por un tal Colón. Un inmenso continente antes desconocido, con impenetrables bosques, con los ríos y los torrentes y las montañas más colosales del mundo.

Platón.—(Hablando consigo mismo).—Ese sujeto me ha robado. Lo que ha descubierto es la Atlántida, de lo que me ocupé detenidamente en el diálogo de *Cristina y Timeo*.

Epícuro.—De modo que ¿han descubierto un nuevo continente? ... Eso no tiene la menor importancia. Y, ¿qué es eso del café?

Voltaire.—Una bebida que no habéis conocido los atlanteses. Por lo menos, Ateneo de Naucratis no la menciona en su *Deipnosophistaron*.

Epícuro.—Y, ¿quién te ha dicho que yo soy atlanteño?

Voltaire.—Lo he leído en *Lucrecio*.

Epícuro.—Pues es un error. Nací en Samos. Ya sabías yo que me iban a arruinar la biografía. ...

Voltaire.—Y ¿qué te importa el lugar en que has nacido, si estás muerto hace veintidós veces cien años?

Epícuro.—Es por amor a la verdad.

Voltaire.—Es una debilidad como otra cualquiera, pero indigna de un hombre tan sensato como tú.

Epícuro.—Bueno, bueno, no discutas. Continúa hablándome de la nueva bebida.

Voltaire.—Es una bebida asordabilísima, que comunica luzidez al cerebro, que estimula los nervios, que presta agilidad, que hace discurrir. ...

Epícuro.—¡Por Dioniso! Si es tal como la describes, vale la pena de que para obtenerla hayas descubierto un continente. Eso sí que tiene verdadera importancia. ¿Es en realidad tan agradable como dices?

Voltaire.—Ya lo creo que es agradable. Tengo un amigo trinitario, y voy a pedirle que nos preste unos trajes de época actual. De ese modo podremos ir a tomar unas tazas sin llamar la atención.

Epícuro.—¿Tazas? ¿Una cratera!

Voltaire.—No, no. Desvela.

Brummell (despreocupado irritado).—¿Os vais a callar, amigos? Me habéis despertado con vuestra charla imbécil, y yo necesito mis nueve horas de sueño ininterumpido. Mañana me levantaré con ojeras a causa de vuestra impertinencia. ¿Qué va a decir la gente! ... ¡Estúpido! todos los filósofos no son más que unos estúpidos. La única cosa de este mundo que tiene positiva importancia, es el brillo de mis zapatos.

Napoleón.—¿Quién es ese ganso? ¡No me conoce a mí que he promulgado el Código Civil y he ganado unas cuantas batallas!

Goethe.—¡Ni a mí, que he sido el hombre más grande del mundo!

Napoleón.—¿En qué te fundas para decir eso?

Goethe.—En que he poseído los tres mayores bienes que se pueden poseer en la tierra: el genio, la belleza física y la riqueza.

Poe.—Yo no tuvo más que el primero y no te envidio. Has hecho la obra de un genio burgués y satisfecho de la vida. Para hacer cosas perdurables, es preciso haber sufrido mucho.

José García (hijo).—Lamento desilusionar al tudesco, pero hay muchísima gente que prefiere a Dante.

Goethe.—¡Dante! ¡Pah! ... Reconozco que no versificaba del todo mal.

José García.—Eres un envidioso.

Goethe.—Los dioses no conocen la envidia. Además, ¿qué quier que le envidie al pobre florentino? ¿Tiene la nariz demasiado larga para ser feliz?

José García.—En cuanto a nariz, tampoco tú te puedes quejar.

Goethe.—Es una grosería. La historia de mis conquistas me exime constatarle.

José García.—¡Tus conquistas! Has conquistado tal vez a alguna de tus sirvientas, lo cual no tiene mayor mérito. Todos lo hemos hecho alguna vez.

Brummell.—Insisto. El brillo de mis zapatos es la única cosa interesante del mundo; y mis puños de encaje de Malinas, valen cien veces más que la Divina Comedia.

Goethe.—Cada uno es dueño de pensar lo que le acomode.

Sócrates.—¡Pensar! ¿Y, qué es eso?

Brummell.—No nos obligues a discurrir, Afe.

José García.—Soy una sarta de idiotas. Estáis diciendo trivialidades, enredándonos en vuestras propias palabras, discutiendo vaciedades, hilando el viento, en vez de ocuparos del gran problema de hoy y de siempre: de las exigencias de los trabajadores.

Algo que ha existido en todos los tiempos, desde la India, desde Persia, desde el viejo Egipto; pero que hasta el siglo XX no ha sido bautizado. Ahora le llaman a eso maximalismo o bolshevismo.

Sócrates.—¿Qué palabras bárbaras dice este hombre?

Goethe.—¿Qué quiere decir eso?

José García.—Yo no sé explicarlo, que os lo explique ese tipo que se pasa el tiempo leyendo los periódicos.

Amiel.—¿He sido aludido?

José García.—No debías preguntarlo.

Amiel.—Pues bien, sí. Reconozco que uno de mis grandes placeres consiste en leer esas sábanas impresas, cómodamente sentado junto a una buena chimenea. La chimenea es indispensable para mí todo el año, a causa del condenado ácido tórico. Seré una debilidad, no lo niego; pero a mí me proporciona un voluptuosidad especial eso de saber en un momento dado lo que pasa en esa bola de fuego llamada mundo. Les debo a los periódicos ese placer.

Voltaire.—Los periódicos son los archivos de las estupideces.

Amiel.—Tenías que salir con algo por el estilo. Eres un buen cerebro trastornado por un mal hígado. Pese a tu opinión, seguiré leyendo los diarios. Tengo en ellos inexplicable agrado. Ya lo conseguí el primero de Marzo de 1881 en mi *Diario íntimo*, esa obra única y genial en la que he volcado mi espíritu. Entre paréntesis: me dicen que la han declarado libro de texto en las escuelas normales de cierto país sudamericano. ... Tendré que protestar de esa profanación.

José García.—No digas. Explicales a tus hermanos en inmortalidad qué es eso del maximalismo.

Amiel.—Es una nueva doctrina acerca de la organización social. Comunidad de bienes. ... «Igualdad jurídica de los sexos. ...»

«A cada uno según sus obras. ...» «El que no trabaja no come. ...» «Ni rico ni pobre. ...»

«Eso son algunos de sus principios. ...»

Mora, Campanella y Fourier.—(simultáneamente).—¡Es mi sistema! ¡Me han robado!

Jesús de Galilea.—(con suave voz y suave gesto).—He sido yo, mucho antes que vosotros, quien predicó esa doctrina. ¿Cómo no se me reconoce ese mérito? Veinte siglos hace que dije esas cosas. ¿Es, acaso, que nadie me ha entendido todavía? Me temo que Juan, Mateo, Lucas y Marcos, habrán tergiversado mis palabras. Es una lástima que en el tiempo en que anduve entre los hombres no existiese aún la stenografía.

Platón.—En realidad, todos vosotros no habéis hecho otra cosa que parafrasearme. Yo soy el creador del comunismo. Leed el libro V de *La República*.

José García.—No sé, griego.

Platón.—Está traducida a todos los idiomas.

José García.—A mí me parece que lo que buscan los obreros es trabajar menos.

Swift.—¿Cómo! Todavía se obliga a los obreros a trabajar?

Rabelais.—Es un abuso. El mundo sigue absurdo como en mi tiempo.

Schopenhauer.—(Como si hablase consigo mismo).—Guerras... Luchas sociales... Pestes... Lo mejor sería aniquilar la Humanidad. Así lo dije en una de mis memorias laureadas. Ya en mi época el mundo sería inhabitable si no fuese por la compañía de los perros y el amor de las bailarinas. Tengo entendido que el joven von Hartmann propuso a sus semejantes el suicidio colectivo; pero parece que no le han hecho malísimo el caso.

Epa de Quetzó.—Eres un hipócrita. Has formulado tu sistema cuando eras filósofo sin un maestro y sin discípulos; cuando te atormentaban los terrores y te dominaban. Escribiste invectivas contra los avaros, y escondiste tu dinero bajo los ladrillos o bajo el tintero de tu escritorio; redactabas tus cuentas en griego, para que no se enterase de ellas tu cocinera. ¡Hiciste gala de sereno pirronismo, de fatalismo resignado, y por miedo a los incendios vivías en sótanos; y viajabas con un vaso de latón en el bolsillo por temor de contraer enfermedades. No has sido más que una ingenua bestia!

Schopenhauer.—Todo lo que dices es

cierto. Pero no grites tanto. Que no te oigan.

Epa de Quetzó.—A buena hora. Todas esas revelaciones las he publicado. Figuran en el capítulo nono de mi gran novela *La ciudad y las sierras*, verídica a casi todos los idiomas.

José García.—Y las habrás encontrado, como yo, en un diccionario enciclopédico.

Epa de Quetzó.—Es cierto. Ya he declarado que nunca me enteré de lo que ocurría en el norte de Europa. Por mis palabras ya habréis deducido que sólo conozco del amigo Arturo lo que está al alcance de los horizontes.

Schopenhauer.—Poco me importan los ataques. Mi obra está hecha. He destruido el Amor. Mi genial concepción acerca del Genio de la Espectre, dando a los hombres la sensación de ser muñecos que maneja un poder superior, ha envenenado para siempre la Fuente de la Vida. He destruido el Amor. ...

José García.—Este alemán ha perdido la razón.

Kant.—¡Estúpido! ¿Quién te mete a hablar de la razón? ¿Sabes acaso lo que es eso? ¿Has leído mis obras?

José García.—Este otro también está mal de la cabeza. Todos vosotros sois una cáfila de alienados. Estad locos.

Goethe.—Es cierto. Y tú, también.

Napoleón.—(a José García).—Pero, vamos a ver ¿por qué razón tienes tú estatus? ¿Quién diablos eres tú? ¿Con qué derecho estás entre nosotros? ¿Acaso has tenido en tus manos todos los pueblos de la tierra...

Goethe.—¡Has almacenado en tu cerebro todos los conocimientos, has colado en él todas las ideas!

Lord Byron.—¿Has albergado en tu corazón todos los sentimientos, divinos o infernales, que agitan a los hombres? ...

José García.—No he tenido nada de eso. He tenido en mis graneros todos los cereales de un país.

Napoleón.—(irritado).—Y eso ¿te da derecho para que te erijan una estatua?

José García.—No. Eso me dió dinero para pagarla.

(Silencio en el conclave de los inmortales. Amanece.

ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA.

Garrote vil

Valle Isidoro, un espíritu que parecía, vivió sólo a la evocación de la belleza en las formas, ha, en estos últimos tiempos, leído hasta a algunos lugares profundos del alma humana, del alma doliente, oscura y angustiada de los hombres, como, por ejemplo, los que imprimen en estos versos.

¡Tan! ¡Tan! ¡Tan!

El garrote alzando estela. Canta en el campo un cuclillo, y las estrellas se van al compás del estiriblo con que replica el marillo: ¡Tan! ¡Tan! ¡Tan!

El patibulo destaca trágico, nocturno y gris, La ronda de la petaca sigue a la ronda de anís, pica talabro la faca, y el patibulo destaca sobre el alba flor de lis.

Áspera copia remota que rasga un guitarrón se resaca. Grito de jota del mozajo peleón. El cableño patriota canta la canción remota de las glorias de Aragón.

Apicará pelambre al pie del garrote vil, se solaza muerte de hambre. Da vayas al agucal, y con un rumor de enjambre acoge hostia el pelambre a la hostil guardia civil.

Un gitano vende churros, al socaire de un portal; asoman flautistas burros las orejas al bardal; y en el corro de baturos el gitano de los churros beatifica al criminal.

El roo espera en capilla, reza un clerico en latín, llora una vella amarilla y el sentenciado da fin a la amarilla tortilla de yerbas. Fué a la capilla la cena del café.

Canta en la plaza el marillito, el verdugo gana el pan. Un pallo entula el banquillo, el pallo es catálin, se está volviendo amarillo al son que canta el marillito: ¡Tan! ¡Tan! ¡Tan!

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

El Informe

Antón Cherkov, es un escritor ruso, muerto en 1904. Al igual que otros escritores rusos, sus obras resalta en el espíritu de quienes las leen, una verdadera revolución. Esta acción proviene, de la verdadera visión que tiene del mundo actual, y de los sentimientos que despiertan en oposición a él.

Era a medio día. El propietario Voldirev —alto, bien plantado, con el cabello corto y los ojos bien abiertos, quitóse el gabán, limpió la frente con el pañuelo de seda y entró tímidamente en la audiencia.

No se oía más que el rasgar de las plumas.

—¿Dónde se puede tomar un informe?

—preguntó al portero, que traía desde el fondo de la audiencia una bandeja con vasos. —Tengo que informarme de algo y adquirir una copia de una licencia de periódico.

—¿Haga usted el favor de ir hacia allá! ¡A aquí, que está sentado cerca de la ventana! dijo el portero, señalando con la bandeja hacia la ventana extrema.

Voldirev tóse y dirigióse hacia la ventana. Allí en una mesa verde sucia, manchada, peor que un estecolero, estaba sentado un joven. Cuatro mechones de cabello tenía en la cabeza, la nariz larga y granulosa, vestía un uniforme destrozado. Estaba escribiendo, y tenía la nariz hundida entre los papeles. Cerca de la ventana derecha de su nariz estaba paseándose una mosca; a cada momento estiraba el labio inferior y sopaba hacia la nariz, lo cual daba a su cara una expresión interesante.

—¿Puedo yo aquí...? —dijo Voldirev dirigiéndose hacia el joven. —Vengo a tomar unos informes sobre mi asunto. Yo soy Voldirev, y además tengo que tomar una copia de la licencia del periódico del dos de Marzo.

El funcionario mojó la pluma en el tintero y miró si no la había mojado demasiado. Convencido de que la pluma no goteaba, empezó a garabatear. Su labio estiróse pero no para soplar; ya no era necesario, puesto que la mosca habíase instalado en su oreja.

—¿Puedo tomar aquí un informe? —repitió al cabo de un minuto Voldirev. —Soy Voldirev, propietario rural.

—¡Juan Alexieich —dijo le un grito, el funcionario, como si le diese fiado en Voldirev.—¡Díras al comerciante Valitich, cuando venga, que haga legar la copia de la declaración, en la policía!

—Se la tengo dicho más de mil veces! —Yo vengo por mi pleito con los herederos de la princesa Gugulina, —balbuceó. Ruego a usted, encarecidamente que me preste atención.

Siguiendo desatento hacia Voldirev el funcionario cogió la mosca de su oreja, examinó con atención y después la dejó escapar.

El propietario rural tóse un poco y se sonó ruidosamente con su pañuelo a cuadros. Pero inútil. Nadie se fijaba en él. Transcurrieron dos minutos de silencio. Voldirev

sacó del bolsillo un billete de un rublo y púsole delante del funcionario sobre un libro abierto. El funcionario arrugó la frente tiró hacia sí el libro y con la cara preocupada lo cerró.

—Un pequeño informe. Me gustaría saber, por qué los herederos de la princesa Gugulina... ¿Me permite Vd. que le moleste un poco?

Pero el funcionario, preocupado, levantóse y rascándose el codo fué a buscar algo en el armario. Al minuto regresó a la mesa y nuevamente abrió el libro en el cual estaba colocado otro billete de un rublo.

—Es un minuto más. Tengo que tomar un pequeño informe y es todo.

El funcionario parecía no oírle... y empezó a escribir.

Voldirev frunció el entrecejo dirigiendo una mirada despreciada hacia toda aquella cuadrilla de escribidas.

—¡Siguen escribiendo! —pensó suspirando. —¡Siguen escribiendo! ¡Que el diablo se los lleve a todos juntos!

Retiróse de la mesa y se paró en medio de la sala dejando caer deseperadamente los brazos.

El portero, pasó nuevamente con los vasos, habiendo notado, al parecer, la expresión abatida de su cara, porque se le acercó y preguntóle en voz baja:

—¿Pues qué pasa! ¿Ha tomado ya el informe?

—Lo probé, pero no quieren dirigirme la palabra.

—Dé Vd. tres rublos... —le cuchicheó el portero.

—Ya he dado dos.

—Dé usted uno más.

Voldirev volvió a la mesa y puso sobre el libro abierto un billete verde.

El funcionario tiró de nuevo hacia sí el libro y empezó a hojearlo repentinamente como por casualidad, alzó los ojos hacia Voldirev, su nariz adquirió un brillo extraordinario, quedóse encarnado y contróse con una sonrisa.

—¡Hola! ¿Qué desea usted? ... —preguntó el empleado.

—Yo quería tomar informes respecto a mi asunto. Soy Voldirev.

—Con mucho gusto. ¡Respecto al asunto de Gugulina, verdad? Perfectamente! Así como usted desea, le daré un informe.

Repentinamente, el funcionario solicitó un momento.

Hasta habiendo conseguido que se inclinase hacia él, Voldirev, acompañado por la escalera, se despidió con un beso en la mano.

Voldirev por razón desconocida sentíase un poco molesto, y obedeciendo a una instigación sacó otro rublo del bolsillo y obsequió con él al funcionario. Este, que seguía inclinándose y sonriendo, aceptó el rublo y lo guardó con la agilidad de un prestidigitador.

—¡Así es el mundo! —pensó el propietario rural. Y al salir a la calle se detuvo para limpiarse la frente sudorosa con el pañuelo.

ANTÓN CREEKOV.

HAY QUE REACCIONAR

Existe una tendencia marcada en todos los ambientes a seguir una pendiente rutinaria. Cuando en virtud de una reacción se ha desplegado una acción continuada hacia un determinado propósito, se adquieren hábitos, se adormecen las impulsiones combativas, y los que fueron en un principio la médula ideológica de la nueva cruzada, quedan relegados a un segundo término, en el olvido, si una nueva reacción no viene a fortificar el espíritu.

Es lo que sucede los a anarquistas de esta región. Empeñados hasta ayer en una lucha tesonera contra el enemigo encubierto bajo la máscara del revolucionario y del obrero, pero, en realidad, uno de los tantos juegos puestos en práctica para acaparar la hegemonía del mismo, haciéndolo servir de instrumento a bajos egoísmos de dominación, los anarquistas, nos vimos forzados a replegarnos en el terreno sindical, oponiendo la mayor resistencia en este sector por ser el más atacado y descuidado, si así puede decirse, la multiplicidad social de nuestra lucha y de nuestra propaganda.

La lucha en el sindicato absorbió casi completamente nuestras actividades.

Era menester librar batalla al enemigo, encauzar una corriente de oposición, defender, en suma, el espíritu revolucionario y de libertad encarnado en el sindicalismo desde años atrás y nos volcamos en él, nos dimos a él, enteros francos y tenazmente, como sabemos hacer los anarquistas cuando una causa grande nos reclama. Pero he aquí que ahora—como sucede siempre cuando no median circunstancias de intereses creados—es preciso reaccionar, llenar nuestros cuadros y aporreamos en la sombra de nuestros ideales anárquicos en

el amplio sentido que reclaman las actividades propias de un ideal humano.

La lucha sindical, la propaganda dentro de los sindicatos, como la orientación de los mismos en un sentido revolucionario, es desde luego una labor fecunda y de intensos recursos para beneficiar los intereses de los trabajadores y aún del mismo ideal anárquico, pero, es menester decirlo, no es sino en forma unilateral y excluyente—el movimiento anarquista.

El sindicalismo en su faz destructiva como constructiva, circunscripto a sus límites verdaderos, es puramente obrero y económico, sin poder abarcar, por lo mismo que es clasista, todos los órdenes de las actividades humanas y de la sociedad. Su acción por mucho que se extienda, no pasa los dinteles de la acción económica y de clase.

El anarquismo en cambio, ideal social cuya base es la independencia del hombre, tiende a resolver los problemas sociales, educacionales, científicos y morales. Es tanto pues, que el anarquismo se dirige al HOMBRE, resolviendo los problemas humanos, el sindicalismo se concreta al OBRERO, resolviendo un problema de clase.

Dada esa estrechez del sindicalismo, no puedo pensar que los anarquistas continuemos esterilizando nuestra acción en ese único sector, a menos de confundir, de creer, que la acción sindical sea ampliamente la acción anarquista. Es necesario reaccionar, desgastar ese pequeño reducho en el cual estamos casi asfixiándonos con una centralización de actividades e irradiar en el horizonte más amplio, más completo del ideal anarquista.

J. A. GRISOLÍA

